

LA ACADEMIA CALASANCIA



FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS. ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE



¡FIAT LUX! (1)

(CONTINUACIÓN)

Contestada ya la parte de mi artículo, concerniente a mis afirmaciones relativas a la Compañía de Jesús, que pudo sospechar el Sr. Carbonel estaban inspiradas por la *malicia*, y que por mis amplias y sinceras explicaciones habrá visto tienen la más benigna interpretación que él mismo indicó generoso en el tercer párrafo de la cuarta plana del suyo, en el paréntesis, me es muy grato significarle mi reconocimiento por su caridad en suponerme docto y virtuoso y por su cortesanía en expresarlo: más que con mi ruín personilla, casan esos dos epítetos con las graves cualidades que supone mi prebenda, mejor diré, el Oficio a la misma anejo, que obtuve sin méritos para ello.

Más pasando a otro punto, y aunque el valor intrínseco de las razones sea independiente de las condiciones extrínsecas de la persona que las aduce, perdóneme el articulista si picado por la curiosidad me atrevo a preguntar: ¿es jesuíta D. Raimundo Carbonel? No se me oculta que la modestia y otras razones mueven muchas veces a los escritores a usar seudónimos y nombres supuestos, pero también sé que de ordinario los religiosos, si firman con su nombre propio, completan su firma añadiendo las iniciales de su orden, congregación o instituto respectivo: por otra parte el párrafo final de su artículo da a entender que pertenece a la Compañía y como ésta no tiene Orden Tercera (el que no tenga tampoco segunda Orden claro está que no hace a nuestro propósito, pues no tratamos de mujeres), la frase *nuestro instituto*, de no querer decir *el instituto objeto de nuestra predilección*, lo cual sería una traducción demasiado libre y subjetiva, parece quiere decir la Compañía de Jesús, y si bien ésta se compone de cuatro clases de religiosos: los profesos, ya *ordinarios*, ya de *cua-*

(1) Véase el núm. 559 de esta revista.

tro votos, los coadjutores espirituales, los escolares y los coadjutores temporales, todos ellos no forman más que un solo y disciplinado ejército, un solo cuerpo: sobre la base, pues, o supuesto de que en la citada frase se designe a la Compañía, perdóneseme otra indiscreción: el firmante Raimundo Carbonel ¿es tal vez el propio P. Ruiz Amado? y en la hipótesis de que lo fuera, si él no quiso, llevado de una exquisita delicadeza, firmar con su nombre y apellido, toda vez que había de citar su obra «Historia de la Educación y la Pedagogía», y yo reconozco y confieso de buen grado esa delicadeza ¿porqué el Sr. Carbonel o el P. Ruiz Amado no han de reconocer y confesar mi nobleza y buena fé al firmar con mi nombre y cargo un artículo que era de preveer ocasionase revuelo por el asunto que se ventilaba? ¿no me hubiera sido más cómodo usar un seudónimo? Creo que ello constituye el mejor argumento para rechazar— como lo hago con hidalguía caballeresca—la inculpación *malignantis naturae*: sobre no remorderme de ello la conciencia, yo me permito invitar a los lectores imparciales a que digan si del contexto de aquel mi artículo— que contra toda mi intención lleva trazas de hacerse famoso— se desprende lógicamente esa poco favorable nota con que pretende sambenitarme el Sr. Carbonel, o si se desprende todo lo contrario. Por si hay alguien que sostenga lo primero, protesto solemnemente que eso sería contra toda mi intención, y como prueba de que mi más vivo anhelo es que la *justicia* y la *paz* se den un ósculo fraternal en las mutuas relaciones de los religiosos de diferentes Congregaciones, me permitiré recordar aquí mi pobrísimo artículo *El Patrono de la Prensa Católica*, inserto en *La Basílica Teresiana* del 15 de Enero de 1911, principalmente en sus páginas 22 y 23, pues si bien directamente reza con los periodistas y escritores católicos, la doctrina del dulcísimo Fundador de la Orden de la Visitación es perfectamente aplicable a los religiosos en sus relaciones con los de otros Institutos.

He de protestar asimismo contra la violenta interpretación que a mis palabras ha dado el articulista en las suyas *antinomias* y *antagonismos* y en los cuatro párrafos siguientes, inmediatamente anteriores al párrafo final, pues luchan a brazo partido con la letra y el espíritu de mi escrito, y si quiere convencerse de que no estoy por aprender *ahora* que «la *variedad* de las Ordenes religiosas es cosa muy diversa de la *contrariedad*», y que no deben confundirse las *variantes* con los *antagonismos*, le diré que, aun a trueque de atropellar otra vez la modestia en aras de la necesidad, ratifico aquí mi artículo «Patriarca excelso», de la *Revista Montserratina* de Julio del 909, en el segundo, y demasiado largo, párrafo de la página 247. Robe el señor Carbonel, robe el ilustradísimo director de *La Educación Hispano-Americana* un instantito tan sólo a sus múltiples y serias ocupaciones para echar una ojeada siquiera sobre aquellas mis sincerísimas palabras que renuevo en toda su extensión, y dígame también «puesta la mano en el pecho» si con toda su competencia— que se la reconozco muy grande—tiene autoridad para sembrar con-

tra mi modesta persona esas nebulosidades, con detrimento de la verdad y de la justicia: caballero es, él tiene la palabra.

Pero con harto sentimiento de mi ánimo véome en la triste precisión de prolongar con exceso este mi ya pesado artículo, para rechazar de plano, con entereza sacerdotal, la especie, que parece ha dejado flotando en el ambiente el señor Carbonel, de mi animadversión a la ilustre Compañía de Jesús, e indirectamente a las demás Ordenes, Institutos y Congregaciones religiosas de ambos sexos, no menos ilustres y beneméritas, cada una bajo su punto de vista: mas para hacerlo cumplidamente, me voy a ver en la dolorosa necesidad de seguir declinando largo rato el pronombre *ego*, citando varios hechos de los cuales unos afectan tan sólo a mi vida íntima, y que para los que hayan de tener la paciencia de leerme serán frívolas *impertinencias*; otros, que parecerá van encaminados a hacer yo mi panegírico, pero que, a pesar de saber que «*laus in ore proprio vilescit*», son *necesarios* para desvanecer el falso concepto que de mi humilde persona habrán formado los lectores del repetido señor Carbonel, y otros finalmente en los que forzoso me será aludir a personas y entidades que, si salen algo mal paradas, ello será *per accidens* y no imputable a mi intención, que sólo se dirige a esclarecer la verdad, y sobrados medios tienen esas entidades para echar sobre mis hombros el infamante sambenito de un solemne *mentis* si yo no fuese exacto en mis afirmaciones, pero... no podrán hacerlo.

Manos, pues, a la obra: ¿enemigo yo de los jesuitas? ¿y qué ganaría la Compañía con que a las muchas calumnias y ataques de que con gran gloria de la misma, la han hecho blanco todos los herejes e impíos más o menos solapados, desde su primera aprobación oficial por Paulo III el 27 de Septiembre de 1450, en su Bula *Regimini militantis Ecclesiae*, se uniesen las iras de un pobre Erice (muy conocido en este Asilo), ser anónimo en el mundo científico y literario, pero hombre de fé, si no tan viva como la de los santos, si tan sencilla como la del carbonero? ¿Ni qué lustre y esplendor podía yo con mis pobres elogios añadir a los que le han prodigado repetidas veces la Sede Apostólica, grandes santos y sabios y la historia sana y exenta de perjuicios? ¿Disminuirá el soberbio río de las Amazonas porque se le robe una escudilla, o una saliva lanzada sobre el Missisipí aumentará su caudal? En verdad que la Compañía haría de mis alabanzas o vituperios el mismo caso que el camello de la fábula respecto a la microscópica pulga. Si yo, cristiano y sacerdote, no venerase a los jesuitas como religiosos, los admiraría en el terreno científico, pues de ellos háse dicho sin hipérbole que con sus obras podrían formarse varias bibliotecas, y, lejos de permanecer indiferentes al movimiento científico-literario de cada época son, por el contrario, propulsores del mismo en gran parte, no diré yo si más o menos que los benedictinos, dominicos y franciscanos; lo cierto es que hoy dirigen en nuestra patria y en el extranjero multitud de revistas enciclopédicas (no enciclopedistas) que devoran con an-

sia los avaros del saber, o paladean con fruición los sibaritas de la piedad y de la literatura: de no venerarlos como religiosos, cuyo nombre va siempre unido a mil y mil obras de celo apostólico que abarcan la redondez del globo, por lo menos —y es lo menos que puede concedérsele a un sacerdote católico— los admiraría como hombres de pró, a la manera que los españoles imparciales y en general los hombres de valía del campo heterodoxo que no veneran como santa a la Seráfica Madre y Mística Doctora Teresa de Jesús, admiran a Teresa de Cepeda como literata y hablista, y como mujer de temple adamantino y excepcional.

¿Enemigo yo de los jesuitas? Enamorado del gran predicamento de que gozaba el Seminario central de Salamanca, entonces dirigido por los hijos de Loyola, y en cuyo claustro figuraban teólogos y canonistas de gran valía, resolví coronar allí mis modestísimos estudios el curso 34-35, y obtenida la venia de mi paternal Prelado (el actual Obispo de Pamplona), no pude por fin ser discípulo de aquel acreditado centro docente por que las disposiciones tomadas por el inolvidable P. Cámara (de grata memoria) respecto a los cursantes del 7.º año de Teología y 1.º de Derecho Canónico, me obligaron a incorporarme al Colegio de Estudios Eclesiásticos Superiores de *Calatrava*, centro inaugurado aquel año (34) y en el cual fui el *único extradiocesano* (el *primero* por consiguiente que ha cursado en él) y a la terminación del curso tuve el honor de recibir en el citado Seminario Pontificio la borla doctoral en la facultad reina de las ciencias, cinco días antes de que la tomase en Cánones—con pasmo y admiración de los trece jueces que entonces por el plan antiguo componían el tribunal—el doctísimo Sr. López Pelaez, entonces Magistral de Lugo y hoy merítísimo Arzobispo de Tarragona: y de no haberme cortado los vuelos la honrada pobreza, con cuya íntima amistad me honro *a juventute mea*, como el Salmista, a aquel acreditado Seminario hubiera vuelto por el grado mayor en Derecho Canónico: ¡tan notable y desinteresadamente trataron mi exigüidad intelectual los sabios hijos de Loyola, a pesar de no haber solicitado sus favores!

Buena prueba de que no soy enemigo de los jesuitas, es el hecho de que, fuera de los años de la niñez y de la adolescencia en que han sido mis directores los para mí muy queridos hijos de Calasanz, cuando he vivido en localidades en que éstos no tenían colegio, y tenían colegio o residencia los de Loyola, éstos han sido siempre los directores de mi conciencia, pues veo en ellos, equidistantes del sofocante e insoportable *rigorismo* y del *laxismo* desbordante, el modelo del confesor, que sobre todas las dotes que le son necesarias, hace descollar la de amoroso padre, según aquel consejo que conocen y practican los buenos moralistas: «Circa vitam tuam esto austerus; circa alienam benignus.»

Una sola excepción tengo que hacer en el hecho que acabo de consignar: en 310 pasé una larga temporada en Madrid sometido a un tratamiento: un simpático y expansivo jesuita, cuyo nombre va unido a los de las obras de apostolado en dicha capital, sobre todo

en lo concerniente a la buena prensa, invitóme cariñosamente a celebrar en la iglesia del Sagrado Corazón y S. Francisco de Borja; defiriendo a su amable e insistente invitación, me despedí de la aristocrática parroquia en la que celebraba y donde no tenía el más liviano motivo de queja, y habiendo yo recomendado a dicho P. cierto asunto que me interesaba, y que no era precisamente del momento, una razón de delicadeza, tal vez excesiva, me impulsó a no dirigirme ni confesarme entonces con los jesuitas, haciéndolo esa temporada con otros religiosos, tampoco escolapios. Es más; excepción hecha del aludido jesuita, no procuré tratar a otros de la misma residencia, que hacen, lucidísimo papel en Academias y centros científicos y literarios, y cuyos escritos he saboreado con placer: otro en mi lugar hubiese sacado partido de las circunstancias.

Conque ¿soy enemigo de la Compañía, «a quien maltrato con tan encomiástica fraseología», como dice el Sr. Carbonel? bien sabe el Caballero andante de la mayor gloria de Dios y nobilísimo Patriarca de los jesuitas, que no paso a celebrar los no muchos días en que mi debilidad me permite ofrecer la Víctima pura, aunque con un desahogo nervioso poco en armonía con las disposiciones exigidas para tan tremendo y adorable Sacrificio — sin antes invocar, entre otros santos Fundadores de ambos sexos, a S. Ignacio y todos sus santos hijos, si bien inmediatamente después invoco en la misma forma a S. José de Calasanz, pues también éste los tiene numerosos en el cielo, aunque no en los altares, por razones no pertinentes al caso.

¿Soy enemigo de la Compañía y sus glorias? no me enseñaron eso en sus piadosas aulas los hijos de Calasanz, al proponerme como modelo y recomendarme la devoción al angelical *escolar* de la Compañía S. Luis Gonzaga... no son pocos por otra parte los Escolapios que después del apellido del siglo llevan su apellido de religión tomado de alguno de los santos de la misma Compañía, principalmente de alguno de los cuatro que, aparte su glorioso Fundador, dió ésta a la Iglesia en el mismo siglo de su nacimiento.

¿Enemigo yo de la Compañía y sus prestigios? podrán decirlo muchos penitentes de ambos sexos, que habiéndome honrado con su confianza, consultándome asuntos intrincados y espinosos, y desconfiando yo de mis escasas luces, les he recomendado en muchas ocasiones fuesen a consultarlo con jesuitas, en *otras* con religiosos de otras órdenes, y en *algunas* con sacerdotes del clero secular, que también cuenta con individuos santos y experimentados: ni son pocas las personas a las que he recomendado se retirasen a practicar unos Ejercicios espirituales a alguna casa de la Compañía, pues cuando he podido yo practicarlos, he quedado prendado del admirable orden que impera en las mismas, copia, aunque imperfecta como humana, de la Providencia de Dios, que ni abunda en lo superfluo, ni falta en lo necesario: reducido como estoy, sin culpa mía, a la indecorosa situación de aquellos eclesiásticos, a quienes fustigaba un santo padre diciendo que «non laborant ut laici, neque pugnunt ut milites, neque evangelizant ut clerici», he procurado por lo menos y

procuro sin cesar asociarme al celo de los jesuitas repartiendo y sembrando por doquier hojas, libritos y folletos de propaganda católica, en los que tan fecunda es la Compañía, y todo ello—el Señor lo sabe—sin que tenga que luchar para dominar mi supuesta enemiga contra los hijos de S. Ignacio, antes gozándome mucho en secundar aunque en secreto, de lejos y en pequeña escala, su celo sin fronteras por la salvación de las almas: ¡oh! quién me diera que profetice todo el pueblo, y que el Señor les dé su Espíritu! (1)

(Se continuará.)

JOSÉ ERICE
Penitenciario de Huesca

CARTAS A MARIA TERESA

VI

IRA

Mala cosa es dejarse llevar por este pecado, señalado en el Catecismo como uno de los capitales, y hay que tener en cuenta, que al decir *capitales* queremos señalar con ellos las puertas por donde entran los demás pecados que pervienten al corazón humano.

La idea de ira, señala explosión interna, anormalidad en nuestro trato y constituye un peligro en el orden de todas las cosas y relaciones.

Los que dejan que explote la ira que sienten, están expuestos a cometer cualquier error o desgracia que puede sobrevenir lamentable.

No hay que confundir nunca la energía de carácter, la firmeza de nuestra voluntad, en cualquier castigo, con lo que es un verdadero defecto, o pecado, la ira, que llevada de la pasión, nos puede reducir a cometer cualquier barbaridad.

El maestro que se deja llevar de la ira, se expone a ser aborrecido de sus discípulos. La madre que castiga al hijo, y se deja llevar de ella, quizás, sin pensarlo haga germinar en el corazón de sus hijos la semilla del odio y del desafecto.

Entonces nos encontraríamos en que en vez de hacer buenos discípulos y dar buenos hijos a la humanidad le daríamos monstruos, amamantados y educados en un ambiente lleno de irascibilidad por parte de los encargados de velar para que jamás germinen en el corazón tierno de los pequeños la semilla del pecado y del odio.

Ser severo, no significa dejarnos llevar de la ira.

Cuántos padres y maestros, queriendo rectificar la conducta de sus hijos y discípulos, no hacen más que empujarlos hacia la senda del odio a sus superiores, pues, confunden desgraciadamente lo que

(1) Número. XI-29.

debe ser el respeto que deben inspirarles, con el temor que les infunden con sus castigos y avisos preñados de ira.

A nada bueno nos ha conducido nunca la ira. Ella viene a ser el combustible que enciende luchas y guerras, que mata y asesina.

Si nuestros actos se inspiran en ella, nuestro corazón se embrutece y pierde todo afecto de amor, y se endurece ante todo.

La ira es un defecto destructor, y a nada bueno conduce, y cuando vamos a llorar sus defectos desastrosos, no llegamos a tiempo de reparar tanto mal.

Por eso, por la presente quisiera te convencieras, mi Teresa amantísima, de la inconveniencia tan grande de este pecado, que podría estorbarnos totalmente en la obra de la educación, si en nuestros actos nos dejásemos llevar de la ira, inspiradora del odio.

Y así como la dulzura ha hecho grandes conquistas en el corazón humano, la ira hace descarriar los espíritus débiles o rebeldes.

Yo he leído en un libro de un célebre pedagogo, encomendado de la educación de niños incorregibles, acostumbrados a toda clase de castigos, que nada les afectaba tanto como el oír con aquella suavidad y dulzura no acostumbradas: «Vete, apártate de mi presencia, pues ni mereces ser castigado.»

Entonces el niño, ante un ejemplo tal de dulzura, se arrepentía verdaderamente de sus malas acciones y burlas.

Yo te señalo, Teresa del alma, los defectos perniciosos de la ira, y no quieras que jamás ninguno de tus actos, ni uno solo, sea inspirado por ella, ya que con un solo acto podrías perder la eficacia de una labor educativa durante muchos años.

Y piensa, sobretodo, que la ira es uno de los siete pecados *capitales*, que equivale a *principales*.

LUIS G. FABREGA Y AMAT

Lima 17 Julio 1913.

UN CUENTO DECENAL

IBA SOLO

Al lado de una iglesia vivo, y veo todos los días bodas, entierros y bautizos.

Ya pasa un muerto seguido de trescientos coches y el féretro cubierto de coronas y flores, ya se ve a otro muerto llevado en unas andas por dos enterradores y seguido nada más de cinco o seis personas.

Días ha que al alzar la vista, vi pasar por delante del balcón las tristes andas llevadas por los dos antipáticos hombres negros con sus sombreros de hule... era un muerto *blanco*; una mujer, una niña. El tamaño del féretro denunciaba los quince años. Detrás... una sola persona. La madre.

Este me pareció ya el colmo de la desolación. Hasta entonces no había visto ni menos gente ni más dolor; la madre pobre, sola, detrás de la juventud agostada...

Pero la miseria es inagotable en sus manifestaciones. Pensad miserias, suponedlas todas en un individuo, siempre habrá otro que cuente más. No hay filón parecido al del sufrimiento. Subía yo ayer en un coche de plaza, la de Clichy, y eran las nueve de la mañana. Por entre el vaho que forma en los cristales de las ventanillas la niebla matinal, vi en dirección al boulevard Clichy las consabidas parihuelas que a cada paso nos obligan en la gran ciudad a echar mano al sombrero...

Era un muerto chico, un niño sin duda, cubierta la caja con un paño blanco... pero detrás no iba nadie, absolutamente nadie, ni siquiera una madre, como detrás del otro.

Hice parar al cochero y bajé, a tiempo que los conductores del diminuto cadaver se detenían también, dejaban las parihuelas en el suelo, a un lado, para que ómnibus y coches no las hicieran mil pedazos y entraban descarada y tranquilamente en la taberna más cercana.

¡Qué triste desamparo! Allí, al lado de un muerto, en los albores de la vida, pasé diez minutos en contemplación muda. Los transeuntes apenas volvían la cara; tal es la costumbre de ver estas cosas.

Salieron de la taberna los dos enlutados mozos, y preparábanse a levantar de nuevo la fúnebre carga.

Les cogí la acción.

—¿Es un niño?

Una niña de seis años.

—¿Huérfana?

—No, señor.

—¿Cómo! ¿Tiene padres?

—Madre no más.

Pero...

Uno de los enterradores sonrió.

—¿Le sorprende al señor que la madre no acompañe a su hija?

—¡Oh, sí! No lo comprendo.

—¿Y la obligación?—exclamó el otro, que hasta entonces no había hablado.

¡La obligación! Palabra terrible en estas grandes, en estas inmensas aglomeraciones de seres humanos que luchan por la vida. Comencé a comprenderlo todo.

—La madre es cajera de un almacén de la calle inmediata. Ya ha faltado *dos* días a su deber, y anoche se la avisó que si no acudía hoy sería sustituida por otra. Precisamente son plazas que tienen muchas pretendientes...

—Pero...

—Comprenda V. que después de un mes de pagar médico y botica, perder una situación de cien francos mensuales sería horroroso.

Y yo repetí maquinalmente:

- ¡Oh, sí, horroroso!
 —Y la niña era un pimpollo—añadió el otro hombre.—La pobre madre lloraba esta mañana como una desesperada...
 —Sí, sí, enternécete—dijo entonces su compañero.
 —¡Para lo que has de ganar con ella!
 —¿Qué cuesta este entierro?
 —Entre unas cosas y otras, no bajará de 60 francos.
 —¡Más de *medio mes!*
 —¡Eso es!
 —Ea, ¡andando!

Y levantaron las parihuelas.

Hice una señal al cochero y me coloqué detrás del féretro. ¿Por qué? No lo sé. ¿Qué me importaban a mí ni la madre ni la hija? Sin embargo, iba yo pensando: si a todos los que pasan por la calle se les ocurriese lo que a mí, esta niña llevaría más gente detrás que el cadáver de Lamartine...

Pero, ¿y la obligación?

¿Y el tiempo?

Cuantos van pasando, necesitan los minutos, los segundos...; nadie puede perder un cuarto de hora, que representa el trabajo, la lucha por la vida... La madre misma estará ahora apuntando en su gran libro lo que van pagando los compradores...

Llegamos al cementerio Montmartre, que está al lado, féretro, acompañante, coche y cochero.

Este se bajó del pescante; quitóse el sombrero, como yo: vimos caer en el hoyo aquel cadáver infantil, y más práctico que el poeta el cochero, se echó mano al bolsillo y dió un franco a los enterradores.

Como en la poesía de Becker, el sepulturero cantando se perdió a lo lejos. Los hombres negros se sentaron junto al mausoleo de un grande hombre a fumar un cigarro; mi cochero y yo nos fuimos con la cabeza baja a buscar el vehículo.

Pasé todo el día ocupado en mis quehaceres, sin acordarme, en honor de la verdad, del suceso de la mañana.

A eso de las cinco subía por la calle de Nuestra Señora de Loreto a pie, ya desahogado de ocupaciones y pensando en volver a casa a descansar del trágico día.

En un almacén, a la izquierda, y sentada detrás del escritorio, había una mujer, joven aún, vestida de negro, pálida, con los ojos irritados por el llanto y escribiendo en un libro de caja, mientras un empleado gritaba:

—¡Una muñeca de movimiento, 30 francos!

EUSEBIO BLASCO

PÁGINAS HISTÓRICAS

EL REY RODRIGO

III

CAUSAS DE LA INVASIÓN ÁRABE-(1)-UNA ODA

Los árabes habían conquistado la Persia, la Siria y el Egipto, se hallaban en posesión de la Mauritania, y los estandartes del falso profeta se habían detenido ante las olas que los separaban de España; pero el fanatismo musulmán, el ardor bélico, el afán de guerrear y las ansias de conquista sentidas por el pueblo árabe, joven, robusto y guerrero, codiciaban la España, por ser, según las noticias que de ella les daban los moradores de Tanger, «una tierra maravillosa, fértil y bella como la Siria, templada y dulce como el Yemen, abundante como la India en aromas y flores, parecida al Hegíaz en sus frutos, al Catay en las producciones de metales preciosos y a Adena en la fertilidad de sus costas.»

Muza-ben-Noisir desde las ventanas de su palacio de Tanger, en sus ratos de meditación, miraría con codiciosos ojos las costas españolas, murmurando sus labios, la conocida frase: «Un paso más, y un nuevo mundo se abre a mis conquistas», pero no contaría el gobernador africano que en tierras cristianas había un Pelayo, que opondría a él, a su religión y a su raza, tenaz resistencia en Asturias, una grieta llamada Covadonga en donde perecerían miles de musulmanes, un Carlos Martell que derrotaría a los ejércitos de Abderrahman, y unos Reyes Católicos, que expulsarían de Granada al Rey Chico, el último soberano en España de la religión de Mahoma.

Fué otra de las causas que contribuyeron a la invasión árabe, el odio profundo que sentían los secuaces de la religión de Moisés, hacia el pueblo godo. Eran los judíos un pueblo vengativo y constante en sus rencores, y en su corazón había acumulada gran cantidad de ponzoña contra los monarcas visigodos que les obligaron a bautizarse o a marcharse de España. Persistentes en su falsa religión, se bautizaron unos, pero los más partieron al Africa y para dar satisfacción a su venganza, instaron a los musulmanes, para que entrasen en España, ofreciendo sus propias personas para ayudarles en su empresa.

Por otra parte, los hijos de Vitiza y el obispo Oppas, queriendo destronar al rey Rodrigo para empuñar ellos el cetro, llamarían seguramente a Muza en su ayuda, no para que se apoderase de España, sino para que les ayudara a destronar al monarca reinante, marchándose luego con un botín más o menos cuantioso.

En cuanto al conde Julián, de ser cierta la leyenda de la Cava (cosa poco probable) o en caso contrario para vengar otra ofrenda recibida del rey visigodo, o por otra causa desconocida, este traidor del

(1) Sigo en este artículo en su casi totalidad, las opiniones expuestas por don Modesto Lapuente

que dice Alfonso el Sabio en la General que «...maldita sea su sana, ca mucho fué dura et mala,... olvidado de lealtad, desacordado de la ley, despreciado de Dios, cruel en sí mismo, matador de su sennor, enemigo de su casa, destroidor de su tierra, culpado et alevoso, et traidor contra todos los suyos, amargo es el su nombre en la boca de quil nombra, duelo et pesar face la su remembranza en el corazón de aquel quel esmienta, é el su nombre siempre será maldito de cuantos de el fablaren...» este traidor, pintaría la empresa como muy fácil, dada la división del reino godo en bandos y partidos, y la relajación en que se hallaba en aquella época la disciplina militar, a Muza, el cual prudente y previsor, lo consultó con el califa Walid, quién le envió amplios poderes.

No obstante ellos, Muza obrando con una prudencia y tacto sin límites, no quiso acometer la empresa, sin antes cerciorarse de la veracidad de las noticias de Julián, a cuyo efecto mandó a Tarif con 100 hombres de a caballo y 400 de a pié, repartidos en cuatro naves. Recorrieron algunos pueblos del litoral, apresaron ganados, hicieron varios cautivos y volvieron a Muza con satisfactorias noticias, que considerándolas como una muy buena señal para la realización de sus planes, se decidió a la conquista de su nuevo mundo, y a la primavera siguiente a las órdenes de Tarich, intrépido musulmán, doce mil berberiscos y algunos centenares de árabes invadieron las costas de nuestra península en Abril de 711, por el opuesto lado en que tres siglos antes la habían invadido los godos.

Rodrigo, que se hallaba ocupado en sujetar a los inquietos cántabros, llenóse de espanto, al recibir la nueva de la invasión que le fué mandada por Teodomiro, jefe superior de Andalucía; reunió precipitadamente sus gentes, agregándosele a su ejército, según se dice, fingiendo deponer sus rivalidades, los hijos de Vitiza y el metropolitano Oppas.

Tarich por su parte pide a Muza refuerzos que le son concedidos por el gobernador de Tánger, enviándole otros cinco mil jinetes africanos a los cuales se incorporaron algunos judíos.

«Desciende el ejército visigodo,—dice D. Aureliano Fernández Guerra, (1) a Córdoba y Ecija, en el campo Mundense, entre la Puebla de Cazalla, Ozuna, Los Corrales y Morón, deja a mano izquierda el camino de la bahía de Gibraltar y sigue por el de Medinasidonia; poco antes del Puerto Serrano pasa el Guadalete. viendo á Iptuci (Prados del Rey), baluarte famoso de Viriato, el inmortal guerrillero español, y de allí a Sagunto, hoy Jigonza la Vieja, en donde fija el visigodo sus reales».

Se hallan frente a frente los dos pueblos, cristiano uno, musulmán otro, este joven y robusto, aquel viejo y debilitado por la rejalación de costumbres; luchaban los árabes para conquistar las tierras prometidas por el profeta; los cristianos en defensa de sus intereses, de sus vidas, de su patria y de su religión; se comprenderá, pues, que la lucha tenía que ser terrible, lucha sin cuartel, ni por uno, ni por

(1) En su libro *Caida y ruina del imperio visigótico español*.

otro bando. Iba el rey Rodrigo, según la mayoría de los historiadores, en su carro de marfil, con corona en la cabeza y clámide de púrpura bordada de oro sobre los hombros.

Voy a terminar el presente artículo (dejando para el próximo la descripción de la batalla) engalanándome con plumas ajenas, pues aun a pesar de sabida, no puedo resistir la tentación de transcribir íntegra, dadas las bellezas que encierra, aquella hermosa e inmortal oda de Fray Luis de León, denominada *La profecía del Tajo*, en la que nos habla de D. Rodrigo de la Cava y de la batalla del Wadi-Becka.

Dice así:

Folgaba el rey Rodrigo
 Con la hermosa Cava en la ribera
 Del Tajo, sin testigo;
 El río sacó fuera
 El pecho, y le habló de esta manera:
 »En mal punto te goces,
 Injusto forzador: que ya el sonido
 Oyo ya, y las voces,
 Las armas y el bramido
 De Marte, y de furor y ardor ceñido.
 »¡Ay! esa tu alegría
 Qué llantos acarrea, y esa hermosa
 (Que vió el sol en mal día)
 A España ¡ay! cuán llorosa
 Y al cetro de los godos cuán costosa.
 »Llamas, dolores, guerras,
 Muertes, asolamientos, fieros, males
 Entre tus brazos cierras,
 Trabajos inmortales,
 A tí y a tus vasallos naturales.
 »A los que en Constantina
 Rompen el fértil suelo, a los que baña
 El Ebro, a la vecina
 Sansueña, a Lusitania,
 A toda la espaciosa y triste España.
 »Ya desde Cadiz llama
 El injuriado Conde, a la venganza
 Atento, y no a la fama
 La bárbara pujanza,
 En quien para tu daño no hay tardanza.
 »Oye que el cielo toca
 Con temeroso son la trompa fiera;
 Que en Africa convoca
 El moro a la bandera,
 Que al aire desplegada va ligera.
 »La lanza ya blande
 El árabe cruel, y hiere el viento

Llamando a la pelea;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y varía crece,
El polvo roba el día y le oscurece.

»¡Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡Ay que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!

»El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da a la armada.

»¡Ay triste! ¿Y aún te tiene
El mal dulce regazo, ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿Ocupado
No ves ya el puerto a Hercules sagrado?

»Acude, corre, vuela
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz a la mano
Menea fulminando el hierro insano.

»¡Ay cuánta de fatiga!
¡Ay cuánto de sudor esta presente,
Al ver que viste loriga,
Al infante valiente
A hombres y a caballos juntamente

»Y tú, Betis divino,
De sangre agena y tuya amancillado,
¡Darás al mar vecino,
Cuánto yelmo quebrado,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado!

»El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena
Igual a cada parte;
La sexta ¡ay! te condena.

¡Oh cara patria, a bárbara cadena.»

Lector, si hubieras escrito tú el presente artículo, ¿habrías tenido el suficiente grado de voluntad, para resistir a la tentación de copiar la oda que precede?

FRANCISCO SALA ROVIRA

Secretario del cuerpo de Redacción.

LA TÓMBOLA DE LA BUENA PRENSA

Cuando nuestros lectores reciban éste número, se habrá inaugurado ya la tómbola de la Buena Prensa. Dada la importancia trascendental de la misma, supongo que no habrá ninguno de mis amables lectores que deje, no ya de estar enterado, si que también de prestar su concurso a esta obra que tan acertadamente se ha calificado de grande; pero por si lo hubiera, sea permitido a mi pluma débil explicarle el objeto de la misma, aunque sea imperfectamente, dado el poco espacio de que se dispone en un artículo.

La prensa propaga toda clase de verdades y de errores, de virtudes y de vicios; ella se apodera del parlamento, de la escuela, del gobierno, de las multitudes..... en una palabra, que la experiencia va demostrando de día en día lo verdaderas que son aquellas célebres palabras del judío Cremieux: «La Prensa lo es todo... Teniendo la Prensa lo tenemos todo». Así lo han comprendido los enemigos del Catolicismo, y desde ella le están haciendo, ya franca, ya hipócritamente, una guerra sin cuartel. La Iglesia por la alta misión que tiene sobre la tierra debe defenderse y defender a sus hijos de este tan monstruoso enemigo. ¿Y qué mejores armas para luchar en esta cruzada que la oración y la acción a favor de la Prensa verdaderamente católica? «Mis predecesores, dice nuestro amantísimo Padre Pío X, consagraban y bendecían las espadas y los escudos de los guerreros cristianos; a mi me toca bendecir la pluma de los periodistas católicos». Pero en esta guerra se necesitan las mismas tres cosas que Napoleón para la suya: dinero, dinero y dinero. He aquí, pues, el objeto de la presente tómbola: buscar dinero.

No puedo extenderme en detalles como sería mi deseo; para ello recomiendo a mis lectores el popular folleto del P. Dueso titulado *La grande obra*. Pero basta saber al buen católico que el dinero que se recoja será destinado al Capital de la Buena Prensa que se está formando (al frente del cual hay el Episcopado), para que coopere en lo que sus fuerzas permitan al mayor desenvolvimiento y esplendor de la mentada tómbola que tan sólo por los innumerables, importantes y valiosísimos lotes de que dispone va a ser monumental en toda la extensión de la palabra.

En gran número son los católicos españoles que han realizado verdaderos sacrificios para recoger sus cinco pesetas, importe de un lote en esta importantísima tómbola. Quería narrar algunos de estos actos, muy edificantes y dignos de ejemplo, por cierto, pero la pluma me cae de las manos sintiéndose indigna de explicar grandezas tales, que, para premiarlas a su tiempo ya tendra en cuenta Dios.

¿Habrá, pues, algún católico que pudiendo disponer de 5, 10, 15, 20... pesetas tenga la frescura de dejar de concurrir a esta grandiosa obra que necesita del concurso de todos los buenos sin excepción? (1).

(1) En todas las diócesis de España hay sub-comisiones encargadas de recoger el importe de los lotes. «Darán razón en la Secretaría de Cámara. En Zaragoza funciona la Comisión general bajo la presidencia del M. I. S. Provisor D. José Pellicer a quien también puede V. dirigirse, y cuando no al Director de *El Iris de Paz* Buensuceso, 11, Madrid.

Véase para más detalles la IV edición de *La Grande Obra*.

¡Católicos que no habeis concurrido todavía: Vuestro esfuerzo falta para que sea completa la victoria!

¡Católicos todos: Acordaos de vuestros deberes para la Prensa!

FRANCISCO DE P. BADÍA Y TOBELLA

RECUERDOS DE UNA VISITA A OLOT

Por demás grata y simpática como todas las que se desenvuelven en un ambiente de amistad y de amor, como todas las que celebran los que sienten unos mismos ideales, fué la fiesta que tuvo lugar el día 23 del pasado Noviembre en la ciudad de Olot en honor del glorioso San José de Calasanz.

Atentamente invitada la Academia Calasancia a tan hermosa fiesta, concurrió a la misma enviando una comisión formada por el distinguido Académico y vice-presidente, doctor don Jorge Olivar, D. Antonio Gallardo y el infrascrito, la que asistió a varios de los actos con que los P. P. Escolapios y los entusiastas Congregantes de Olot festejaron al Santo Apóstol de la juventud.

La majestad del Divino Oficio cantado magistralmente y con toda solemnidad, la ornamentación del espacioso templo severa y elegante, la piadosa atención de los alumnos y la santa unción de los P. P. hicieron de este acto junto con la solemne procesión por los jardines del Parque, en donde presenciaba su paso el público en actitud devota, el más acabado festival religioso.

Terminado el Oficio, tuvieron los comisionados por la *Academia* el honor de ser presentados al Rdo. P. D. Manuel Roca, Rector del Colegio, quien se ofreció a acompañarlos a una visita al edificio del Colegio y Capilla. El P. Bertomeu, junto con el antiguo condiscípulo de los que representaban a la *Academia*, y hoy escolapio, P. Tous, tuvieron la amabilidad de acompañarles durante un paseo por las afueras de Olot, hasta la fuente de San Roque, en cuyo hermoso camino, todo él un delicioso paisaje, se encuentran sin desentonar dos espléndidos campos de foot-ball y tennis en los que los uniformes de los sportsman hacían juego con los variados colores que la naturaleza prodigó en los valles olotinos. Después de un espléndido banquete durante el que reinó la más cordial y franca alegría, hicieron uso de la palabra los Sres. Fontanella, Capdevila y Grau de Olot, los P. P. Roig, Montllor, Bertomeu, Tous y Rector del Colegio, brindando todos muy elocuentemente y dedicando palabras de verdadera simpatía y fraternidad a la *Academia Calasancia*, viéndose obligados los tres comisionados de Barcelona a contestar, aunque con breves palabras, agradeciendo las corteses frases con que se distinguió a la *Academia*.

Disponiendo aún de algún tiempo, se organizó una rápida excursión al conocido «Montsacopa» en donde se conserva de una manera bien marcada el cráter de un antiguo volcán; desde dicha cimase divi-

saba la ciudad que iba sumiéndose paulatinamente en una ténue obscuridad, sólo alterada por los destellos de un sol otoñal al trasponer las elevadas cumbres que en lontananza circulan los espléndidos valles de Olot. Fué un espectáculo hermoso y bello del que nos vino a distraer la proximidad de la hora para la Velada en el Colegio.

En el amplio Salón de espectáculos lleno por distinguida concurrencia, se dió la anunciada Velada literaria que principió con una composición musical magistralmente interpretada por el P. Roig, siguió la lectura de una muy bien escrita introducción del Sr. Grau, Secretario de la Congregación, después varias poesias y un bello discurso del Sr. Capdevila, haciendo seguidamente uso de la palabra el Vicepresidente de la *Academia Calasancia* Sr. Olivar para corresponder a las reiteradas indicaciones del Rdo. P. Roca. Puso fin a los discursos el Sr. Fontanella, Presidente de la Congregación con uno, muy concienzudo y atildado. Para fin de Velada se puso en escena por un grupo de Congregantes un drama histórico brillantemente representado.

A invitación del Rdo, P. Rector, tuvo lugar una detenida visita a la Capilla del Colegio, hermoso edificio de estilo bizantino, en el que la belleza de las líneas corre parejas con una muy bien combinada iluminación eléctrica, de efecto sorprendente. Merece plácemes el Rdo. P. Roca, autor del proyecto de la Capilla y del edificio del Colegio, y gustosos se los damos desde las páginas de la ACADEMIA CALASANCIA.

Al día siguiente pusimos fin a las innumerables atenciones de que éramos objeto, emprendiendo el viaje de regreso, guardando de la visita a Olot un perdurable recuerdo, tanto por las bellezas de la excursión como por las bondades de los Rdos. P. P. y Congregantes.

JUAN PALOMERA

Académico de Número

LO QUE SE LEE (1)

UNA EMPRESA DE CULTURA: Siguiendo el camino emprendido en su campaña de vulgarización científica, el Observatorio del Ebro acaba de publicar el segundo «Spécimen B», que completa la serie de preparación de la Revista denominada *IBERICA*. Si halagüena impresión nos produjo el primer Spécimen, más nos ha complacido éste por los notables artículos y grabados que lo avaloran y hacen que su precio de 20 céntimos número y 10 pesetas la suscripción anual corriente parezca inverosímil.

El Observatorio del Ebro, tan fecundo en producciones científicas, da con esto una gallarda muestra de su vitalidad y de su empuje, a la par que del infatigable celo que le anima en pro de la cultura patria.

Vastísimo y sabio es el plan de *IBERICA*; fruto de la tenacidad y del estudio de su eminente Director el P. Cirera, quien lo ha madurado durante largo tiempo, ha realizado viajes por el Extranjero, y recogido el autorizado consejo y la valiosa ayuda de personas muy competentes y hombres de ciencia de diversos países.

IBERICA no viene a ser una revista más ni una publicación técnica exclusiva para los científicos, sino una revista de cultura general que informará semanalmente el progreso de todas las ciencias y de sus aplicaciones; en estilo al alcance

de todos y ameniza con numerosas ilustraciones. Va al corazón del pueblo que ansía saber, a la masa de nuestro público huérfana de una revista de lengua española que la tenga al corriente del proproso mundial y de la parte que en él toma España y los países hermanos de allende el Atlántico.

Para tan vasto plan ha encontrado IBERICA muchos y valiosos colaboradores de diferentes especialidades y países; cuenta con numerosos corresponsales para la información gráfica de noticias científicas; y dispone además, como fuente de información, de un crecidísimo número de publicaciones españolas, americanas, francesas, alemanas, inglesas, etc.

Hé aquí el sumario de dicho número Spécimen que confirma elocuente cuanto llevamos expuesto:

ARTÍCULOS DE FONDO: *La ciencia al alcance de todos* (Continuación), Ricardo Cirera, S. J., Director del Observatorio del Ebro.—*Repoblaciones forestales*, Ricardo Codorniu, Ingeniero de Montes, Ex-Inspector general de Repoblaciones Forestales.—*La Electrotecnia al comenzar el siglo XX*, José A. Pérez del Pulgar, S. J., Profesor de Electrotecnia del Instituto Católico de Artes e Industrias.—*Resultado de mis investigaciones cartográficas*, Jos. Fischer, S. J., Profesor de Historia y Geografía, Feldkirch (Voralberg) Austria.

CRÓNICA CIENTÍFICA: Monumento a Lord Kelvin.—El lago de asfalto de Guanoco (Venezuela).—Publicaciones de la Estación Enológica de Reus.—Medalla de oro y 2.000 coronas.—Las nuevas escafandras.—Los progresos de la aviación: La copa Gordon Bennet.—La Exposición de Leipzig para las Industrias del Libro y las Artes Gráficas. Datos astronómicos para el mes de Enero de 1914 (América del Sud).

GRABADOS: Monumento a Lord Kelvin.—Repoblaciones Forestales (tres grabados).—El lago de asfalto de Guanoco (cinco grabados).—Nueva escafandra.—Primer concurso internacional de aeroplanos.—Los aviadores Pegoud y Bleriot.—La lancha francesa Despujols II en las regatas internacionales de Osborne (Inglaterra).—Salida del globo «Picardie» pilotado por Bienaimé.—Vista general de la Exposición de Leipzig.—Pabellón de la sección histórica retrospectiva.—Planisferio de Ptolomeo alemán.—Mapamundi del manuscrito de Valencia.—Aspecto del cielo durante el mes de Enero de 1914 a los 30° de latitud S.

Tal es esbozado a grandes líneas el fin y propósito de la nueva Revista. Por tan magna empresa de cultura es digno de aplauso el Observatorio del Ebro, y digna IBERICA del favor del público, de la prensa y de cuantos se interesan por nuestro resurgir científico nacional.

GRAN TEATRO DEL LICEO

La despedida del Sr. De Muro tuvo que aplazarse, pues debido a la humedad, se resentía aún de la garganta, pero debutaron Cassani en el *Rigoletto* y Kaftal en la *Cavallería Rusticana*.

La primera, como suponíamos, se hizo aplaudir mucho, no obstante la emoción, naturalísima, que le impedía desarrollar toda su voz en el *caro nome*. Se la ovacionó por sus agudos, que es donde nos gusta más.

En la *Cavallería* Margot Kaftal desempeñó su papel muy bien, con mucha intensidad dramática, cosechando muchos aplausos junto con el Sr. Mulleras que, por indisposición del Sr. Gubellini, se ofreció galantemente a sustituirlo, lanzándose por vez primera a las tablas del Liceo y con un arrojo digno de todos elogios, nos demostró que posee facultades para entrar en la casa, en donde otros con

menos facultades que él han penetrado. ¡Muy bien, Mulleras, así se llega!

La despedida del ya citado De Muro se efectuó, por fin, el miércoles, 10. Había expectación para oírle, se había fantaseado mucho sobre su voz y todos esperábamos un acontecimiento.

En las notas de la *siciliana* el público lo aplaudió, pues a través del felón resonaron potentes y robustas; viene el brindis y decae un poco, poniéndose otra vez a la altura en la última escena con su madre. En resumen; lo hizo bien, pero creíamos oírlo mejor; sea que aún se dolía de la garganta o lo que fuese, este tenor nos ha gustado más en *Carmen* que en *Cavallería*; todo lo canta con ostentación de voz, con una potencia asombrosa. En el improviso de Andrea Chenier el sobreagudo fué dicho colosalmente. En notas así, en que puede hacer alarde de su gan amplitud pulmonar, es en donde entusiasma.

En la segunda despedida (?), creemos será la última, lo hizo mejor, pero el público no acudió con el entusiasmo de la otra vez. Volvió a cantar el improviso, que tuvo que repetir.

La Srta. Cassani en estas dos representaciones ha gustado mucho y aún se la aplaudirá más, pues pertenece a la escuela de las grandes artistas. En la última función se la hizo repetir el *caro nome*.

El domingo por la noche nos dieron la primera representación de *Tristán e Isolda*, el drama del amor, en que Wagner con su poderoso genio nos hace sentir toda la intensidad, toda la emoción de dos almas enamoradas.

La interpretación Viñas y Kaftal fué excelente y la orquesta bajo la dirección de Beidler, venció con acierto el cúmulo de dificultades y supo salir victoriosa de tan ardua empresa.

FRANCISCO DE P. POTAU

Académico Supernumerario

NOTAS GENERALES

En nuestro número próximo publicaremos el cuento *La fiebre áurica*, de nuestro compañero de Academia, D. Mariano Viada.

**** La vigilia de Navidad se celebró en la capilla del Colegio la religiosa solemnidad de Noche Buena. La capilla estaba rebosante de numeroso y distinguido público, que acudió cariñoso a la amable invitación de la *Academia Calasancia*. El P. Pujadas celebró las tres misas, pronunciando en la segunda de ellas una sentida plática, en la que hizo a grandes rasgos la historia de la solemnidad que se estaba celebrando.

La parte musical, a cargo de distinguidos jóvenes, académicos casi todos ellos, estuvo a la altura a que nos tienen acostumbrados.

**** Ha fallecido el Cardenal Mariano Rampolla de Tindaro, Secretario de Estado del inmortal Pontífice León XIII. Rogamos a Dios por el alma del ilustre purpurado.